

PRECIOS

EN MADRID.—Tres meses, 9 rs.—Seis id., 16.—  
Un año, 30.—PROVINCIAS.—Tres meses, 10 rs.—  
Seis id., 18.—Un año, 34.—AMÉRICA.—Seis me-  
ses, 38.—Un año, 70.—FILIPINAS.—Seis me-  
ses, 60.—Un año, 100.

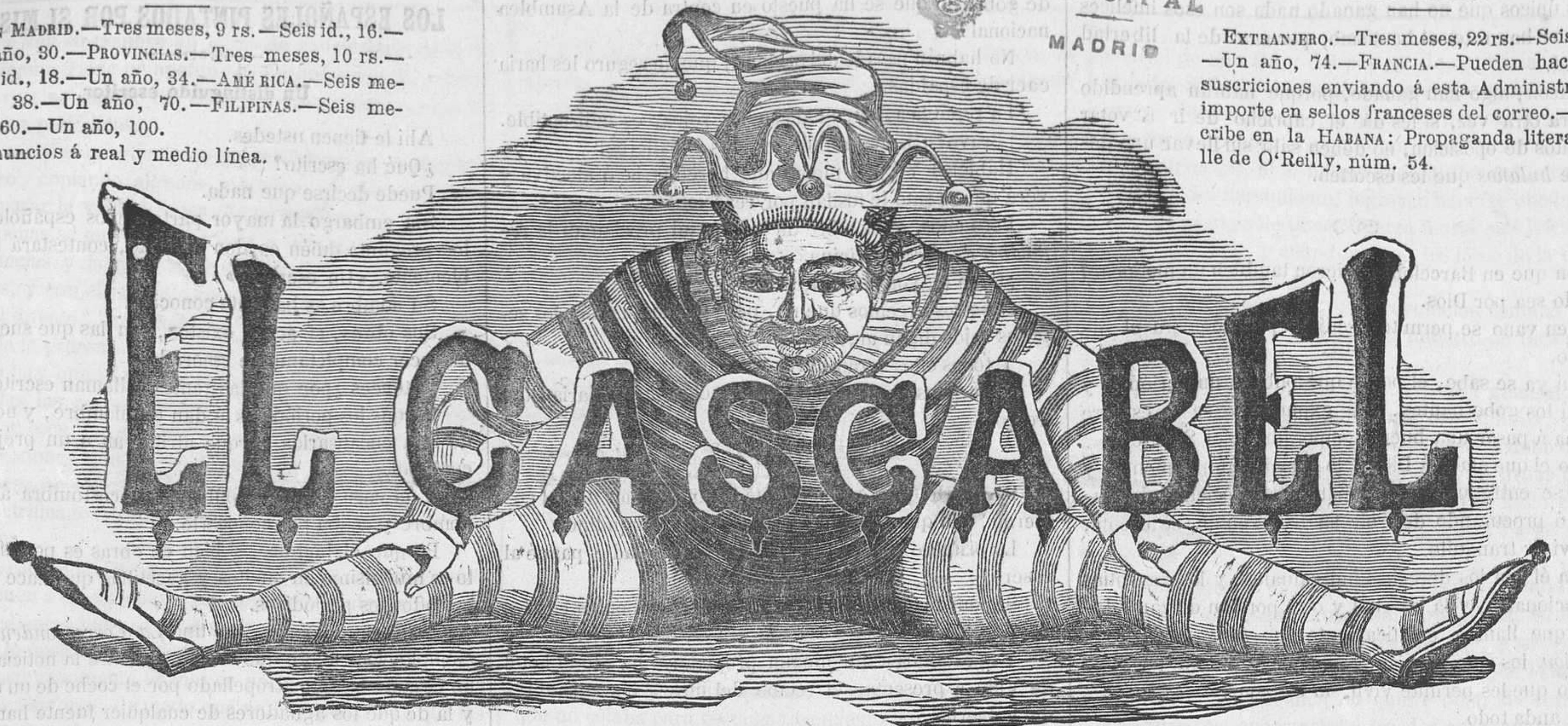
Anuncios á real y medio linea.

HEMEROTECA  
MUNICIPAL

MADRID

PRECIOS

EXTRANJERO.—Tres meses, 22 rs.—Seis id., 38.  
—Un año, 74.—FRANCIA.—Pueden hacerse las  
suscripciones enviando á esta Administracion el  
importe en sellos franceses del correo.—Se sus-  
cribe en la HABANA: Propaganda literaria, ca-  
lle de O'Reilly, núm. 54.



NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.—DIRECCION Y ADMINISTRACION: Plaza de Celenque, número 1, esquina á la del Arenal.—NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

COSAS DEL DIA.

¿No estaban Vds. cansados de política?  
Pues el dia 2 se abren las Córtes.  
Y allí verán Vds. á las lumbreras de todos los parti-  
dos haciendo los mayores esfuerzos por demostrar que  
cada uno de los otros ha hecho más daño al país que cien  
invasiones del cólera-morbo.  
Lo mejor del caso—ó por hablar con más propiedad—  
lo peor del caso, es que todos tienen razon, porque la  
verdad es que todos son peores.  
Pero el más rematado es el en que en la actualidad  
nos desgoberna.  
Vamos, como éste no hay otro.

Es decir, puede que aún sea peor el que le suceda.  
Cuando pensamos en ello, sentimos tentaciones de  
hacernos ministeriales.  
Y si no cedemos á ellas, es por miedo á que el bey de  
Túnez nos encaje una de esas condecoraciones que ha  
dado á tantos *consecuentes liberales*.  
Lo que es para eso no tenemos valor.  
No, señor de bey. Creáenos V., hombre. Guárdese  
su credencial, que nosotros tenemos bastante cruz con  
pagar una contribucion enorme, cuyo importe adminis-  
tran (!) los progresistas.  
Con que, no se hable más del asunto, y á vivir  
tropa.  
Por supuesto, que en abriéndose las Córtes serán

cosa de oír los discursos que se pronuncien, sobre todo,  
en la discusion de actas.  
Hay diputado ministerial que aparece en algun pue-  
blo con un número de votos mucho mayor que el de elec-  
tores.  
Conque figúrense Vds. si esto levantará polvareda.  
Los diputados *Lázaros* parece que llegan á cuarenta.  
Todos ellos se creían vencidos en los primeros momentos,  
y el resultado de los escrutinios parciales justificaba su  
creencia.  
Pero amigo, llegó el escrutinio general, y se vió con  
asombro, si es que aún hay algo que pueda asombrar á  
los españoles, que los vencidos eran los vencedores.  
Estas elecciones han sido en muchos distritos una es-  
pecie de juego del *gana-pierde*.



— 44 —

—¡Oh! ¡lo que es eso te lo apruebo! ¡haces perfectamente!... Y si tú  
quieres, le diré á todo el mundo que es horrible, tuerta, coja, jorobada...  
—No, no, no es nunca conveniente exagerar las precauciones: ¡todos los  
extremos son malos!...  
—¡Es que sería muy doloroso el que algun miserable aventurero nos ro-  
base esa hermosa flor.  
—¿Cómo que nos robase?...  
—¡He querido decir que te robase!... Me he equivocado... ¡Es una joya  
tan inocente, tan cándida!... ¡Ah! querido Touquet, ¡qué listo eres!... ¡sin  
duda es para ti para quien guardas ese tesoro inestimable!  
—¡Para mí!... dijo el barbero frunciendo el entrecejo; á estas palabras  
siguió un momento de silencio, durante el cual, Chaudoreille, colocado de-  
lante de un espejo, no cesó de estudiar sonrisas y miradas.  
—Te he dicho muchas veces que no me gustan las preguntas, dijo al fin  
Touquet, pero veo que eres incorregible y que voy á tener que hacerte  
sentir la fuerza de mis puños si quiero que te corrijas...  
—¡Siempre de broma!... ¡siempre con tan buen humor!...  
—Vamos, sube á la habitacion de Blanca, estate allí un rato, y sal luego  
por el corredor, pues no quiero que las personas que haya aquí te vean  
venir del interior de mi casa. Enseguida irás adonde te he dicho, y vendrás  
al momento á darme cuenta del resultado de tu comision...  
—¿A la hora de comer?...  
—No, esta noche.  
—Como tú quieras... ¡Pero cómo me presento sin gola delante de mi jóven  
discípula?  
—¿Será eso algun inconveniente que te impida cantar?  
—No, pero la decencia... presentarme así... con el cuello desnudo... prés-  
tame tú una valona... cualquiera cosa...  
—No te preocupes tanto por eso; ¿crees tú que Blanca va á fijarse tanto  
en tu figura?...  
—¡Mi figura!... ¡mi figura!... ¡Cualquiera que te oyera se figuraria que  
era una especie de Matusalem!  
—Vamos, sube, que viene gente.  
Y el barbero empujó á Chaudoreille hácia el corredor, en el cual perman-  
neció más de un cuarto de hora arreglándose la capa, hasta que al fin se  
decidió á subir á la habitacion de su discípula.

— 41 —

—¿Y en qué sitio?...  
—En donde tú quieras... pero será preferible un barrio poco frecuen-  
tado...  
—Está muy bien. ¿Y enseguida?...  
—Lo demas es cosa mia...  
—¿Y si la jóven no quisiese conceder la cita?...  
—No es probable que rehuse una cita al noble marques de Villebe-  
lle... Casi estoy por asegurar que espera con impaciencia que llegue al-  
gun mensajero suyo... Francamente, muy mal tienes que hacerlo si no con-  
sigues la cita.  
—No tengas cuidado, no soy tonto, y comprendo que eso me puede pro-  
porcionar el favor del marques...  
—Te vuelvo á repetir que no es á él á quien vas á servir sino á mi, y que  
si te se escapa una sola palabra sobre esta aventura ó si tienes la desgracia  
de nombrar al marques, no olvides que la hoja de mi navaja dejaria incom-  
pleto ese rostro que, segun parece, tienes en tanto aprecio.  
El rostro del barbero anunciaba la firme resolucion de cumplir su pro-  
messa. Chaudoreille se apresuró á recoger su espada y colocársela al costado,  
al mismo tiempo que murmuraba:  
—Sin duda que hago caso de mi rostro... ¡bien vale la pena de que se  
cuide, aunque no sea más que por los deliciosos instantes que me ha pro-  
porcionado!... ¡Este diablo de Touquet siempre tiene ganas de broma!  
Pero entre amigos no debe haber incomodidades. Los dos conocemos nues-  
tra mútua bravura, y es inútil por lo tanto que lo probemos de ninguna ma-  
nera... Te juro por mi espada guardar la mayor discrecion... y ya sabes tú  
que se cumplir mi palabra... ¡Ya hace quince años que somos amigos!...  
¡Qué de aventuras hemos tenido en ese tiempo!... ¡Qué de intrigas llevadas  
á feliz término gracias á nuestro talento!... y eso sin contar con nuestras proe-  
zas personales. Tú, robusto como Hércules... ¡figura á la antigua!... y con  
tu aire noble, te hacias adorar de las grandes señoras... es decir... de las  
mujeres de gran estatura. Yo, de ménos talla, pero bien hecho, y de figura  
más moderna, he sido una especie de mariposa... he sido el niño mimado de  
la fortuna. ¡A ti el amor nunca te ha ocupado mucho tiempo!... Tú has pre-  
ferido siempre el dinero... ¡Ah! ¡el oro y el juego han sido siempre tus de-  
licias!... á mi tambien me gusta el juego... y soy un jugador de primera  
fuerza; pero ¡qué quieres!... ¡el amor me arrebató la mayor parte de mi

Los únicos que no han ganado nada son esos infelices á quienes han roto el bautismo, por mor de la libertad electoral.

Es decir, algo han ganado, porque habrán aprendido que para otra vez, si les dá el capricho de ir á votar candidatos de oposicion, no deben salir sin llevar una docena de *hulanos* que les escolten.

¿Con que en Barcelona tuvieron tambien un motincito? Todo sea por Dios.

No en vano se permite predicar por doquiera el socialismo.

Aquí ya se sabe, el pobre que publica un periódico y critica á los gobernantes, está expuesto si se le escurre la pluma á pasar una buena temporada en el Saladero.

Pero el que ataca á Dios ó lo niega redondamente, y el que se entretiene en combatir á la sociedad destruyendo ó procurando destruir las bases en que se asienta, puede vivir tranquilo.

Para él son los derechos individuales, y las garantías constitucionales, y la libertad y otra porcion de zarandajas, á que llaman enfáticamente las *conquistas de la revolucion* los que gracias á ella conquistaron un buen empleo que les permite vivir sin trabajar.

Así anda todo.

En Barcelona fué herido un pobre contraamaestre de una fábrica por el delito de aconsejar á los obreros que no se declarasen en huelga como pretendian.

Las tales huelgas y los tales obreros nos van á dar algun disgusto, y no porque sean malos, sino porque algunos malvados los explotan para hacer de ellos el escabel de su fortuna.

Tambien en Córdoba hemos tenido nuestro conato de jarana; pero allí, segun parece, han sucedido tales cosas que dá vergüenza referirlas; allí se ha traído á una emboscada á los carlistas para cazarlos como conejos, para acometerlos á bayonetazos...

Hablaremos en el número próximo de lo que se hace con los carlistas en estos tiempos de libertad.

¿Han leído Vds. los acuerdos tomados por la especie

de gobierno que se ha puesto en contra de la Asamblea nacional?

No habrán pasado del primero, que de seguro les haría caer de espaldas.

La república, segun dicen los rojos, es indiscutible. ¡Bravo! ¡Si serán liberales esos caballeros!

Hábleles Vd. de monarquía hereditaria ó electiva y verá qué pronto le fusilan por reaccionario.

Pero ellos, en nombre de la libertad proclaman la *república de derecho divino*.

¿Cabe mayor disparate?

Nosotros creemos que no, pero puede que aún los señores rojos digan alguno más gordo.

Y todos ellos serán libres pensadores.

Y despues de su famosa declaracion se quedarian tan frescos.

Por cierto que se conoce que los individuos del tal gobierno, ó lo que sea, no son muy buenos inquilinos.

Lo primero que han mandado es que nadie pague al casero.

Se conoce que ellos tienen cuentas pendientes con los suyos.

Y apostamos á que ningun propietario ha ido al hotel de Ville á presentar el recibo del mes á los miembros del gobierno.

Probablemente le hubieran pagado en plomo.

¡Pobre Francia!

¡Quiera Dios que aquí no tengamos que lamentar catástrofes semejantes.

Pero si no sucede habrá que atribuirlo á la sensatez y nobleza del pueblo español, y de ningun modo al acierto con que se le gobierna.

Al contrario; aquí no suceden esas cosas á pesar de los gobiernos que se estilan y de los politiquillos que todo lo revuelven.

Pero de hoy en adelante, cuando los franceses la vengán echando de personajes y tremendos, con recordarles todo lo que les ha pasado en su país de ocho meses á esta parte, les haremos callar.

La ocasion es buena para devolverles aquello de que el *Africa empieza en los Pirineos*, pero no lo hacemos porque nos falta valor para insultar á una nacion sobre la que pesan tantas desgracias.

LOS ESPAÑOLES PINTADOS POR SI MISMOS.

Un distinguido escritor.

Ahí le tienen ustedes. ¿Qué ha escrito?

Puede decirse que nada.

Sin embargo la mayor parte de los españoles, si se les pregunta quién es don Fulanito, contestará irremisiblemente. «Un escritor.»

Su nombre es bastante conocido.

Sus obras, si acaso existen, son las que suelen permanecer completamente ignoradas.

Entonces ¿por qué las gentes le llaman escritor?

Porque los periódicos le dan ese nombre, y no es cosa de ir á encausarlos porque atribuyan á un prójimo esa cualidad.

Y el caso es que el público se acostumbra á leer su nombre y acaba por conocerle.

Porque el hombre, si bien en obras es poco fecundo, lo es muchísimo en sueltos y gacetillas que hace insertar en todos los periódicos.

Asi es que apenas coge uno *La Correspondencia*, por ejemplo, lo primero que encuentra entre la noticia de que un cesante ha sido atropellado por el coche de un ministro

y la de que los aguadores de cualquier fuente han tenido la suerte de ganar un premio en la última extraccion de loteria, es un párrafo en que se anuncia que *el distinguido escritor D. Fulano de Tal ha salido para tal parte con objeto de tomar baños*.

A los pocos días es seguro que el mismo periódico anunciará la llegada de ese caballero al puerto de mar á que se dirigia, y al mes no dejará de participar á sus lectores el feliz regreso á la corte de tan importante personaje.

Si piensa en escribir un libro, lo primero que hace es redactar un sueltcito dando cuenta del caso á todo el mundo, y si por rara casualidad llega á escribirlo, no dejará de enterarnos detalladamente del día en que lo terminó, del establecimiento tipográfico en que se imprime, de cuándo ha comenzado á corregir las pruebas, de la hora á que se ha tirado el primer pliego y otra porcion de pormenores igualmente interesantes.

De modo que entre esa infinidad de reclamos y las relaciones que tiene en España, logra vender diez ó doce ejemplares, con lo cual se queda tan satisfecho.

tiempo! ¡No puedo remediarlo! ¡en cuanto veo una mujer hermosa pierdo la cabeza!... esto no se debe extrañar si se considera que soy el idolo de todas ellas... ¡Oh! ellas han sembrado de fragantes flores el sendero de mi vida!... En cambio, yo les he dedicado mi corazon y mi espada... ¡Pero el amor y la bravura no conducen siempre á la riqueza!... Tú has sabido hacer las cosas mejor que yo, por lo cual te doy la enhorabuena... ¡Mientras yo corría en pos de alguna Venus, tú llevabas á feliz término alguna importante aventura! Porque esta casa no te pertenecía ántes, y ahora te veo propietario... Y francamente, no creo que tu fortuna haya caido de las nubes...

—¿Y á ti qué te importa todo eso? dijo el barbero con alterado acento. ¿Qué necesidad tienes de saber cómo he adquirido esta casa?... Cuando te he empleado en alguna cosa, ¿no te he pagado con exactitud, y á veces más que lo que merecias? Ya te he dicho, Chaudoreille, y te lo vuelvo ahora á repetir, que si quieres que seamos amigos, y si te conviene ganarte de cuando en cuando algunos escudos, no te metas en lo que no te importa ni procures saber lo que no se juzga conveniente decirte; pues de lo contrario te pondré á la puerta de mi casa y no volverás á entrar en ella.

—¡Pareces un Vesubio, mi querido Touquet!... ¡Diablo!... ¡si yo me dejase llevar como tú del primer impulso, ya habria habido un disgusto entre los dos!... Pero no te alteres, ya se ha concluido todo, ya no se vuelve á hablar nada sobre ese particular... Ya estoy arreglado... No me falta más que la gola... ¿Cómo voy á salir así á la calle?

—Hace un momento has salido casi desnudo...

—Pero entonces tenía la espada en la mano, y no veía á nadie más que al infame ladrón que me habia arrebatado mi gola. Pero es igual; me subiré un poco más el embozo de mi capa. ¡Ah! se me olvidaba lo más principal... Para que compre alguna cosa en la tienda en que está esa jóven es menester dinero, y mis bolsillos están completamente vacios.

—Ahí tienes diez escudos á cuenta de lo que te he de dar, si haces bien lo que te he dicho...

—¡Lo puedes dar por hecho!... dijo Chaudoreille tomando el dinero y sacando al mismo tiempo una vieja bolsa de seda encarnada, en la cual fué colocando una á una, y con cierto aire de respeto, las monedas que le habia dado el barbero.

—Es demasiado temprano, dijo Touquet, para que vayas á la perfumería; esas señoras abren sus tiendas mucho más tarde que nosotros. Mientras que

llega la hora de que puedas ejecutar tu comision, podrias subir á la habitacion de Blanca y darla una leccion de música... esto la distraerá un poco; pues comprendo que no debe divertirse mucho en su cámara, en donde no ve más que á Margarita.

Al oír el nombre de Blanca levantó los ojos al cielo Chaudoreille, al mismo tiempo que ahogaba un suspiro exclamando:

—¿Cómo está esa hermosa niña?... Hace un momento que iba á preguntarte por ella; hace un siglo que no la veo.

—Está bien; pero se fastidia de estar siempre sola... querría salir... ver el campo...

—¿Y por qué no me envias más á menudo para que la haga compañía? Yo la entretendría... y haría que fuera más llevadero su aislamiento...

—No creo que la distraerías mucho, pues Blanca dice que siempre le cantas la misma cosa, y que ya sabe tocar el arpa tan bien como tú.

—¡Qué amor propio tienen las jóvenes!... ¡Convengo en que ha hecho rápidos progresos, lo cual no me extraña, pues tengo una manera de enseñar la música, que sería capaz de enseñarle á tocar el arpa á un asno, si me empeñara en ello!... Además, tiene una gran inteligencia... sin embargo, puedo decir con orgullo que todavía puedo enseñarle mucho más.

—Chaudoreille: te he dado una gran prueba de confianza dejándote ver á Blanca. Sin embargo, no te olvides de que me has jurado no hablar jamás á nadie de su belleza.

—No tengas cuidado, puedes estar tranquilo; cuando me pregunten si conozco á la jóven que tienes á tu cuidado, contesto como tenemos convenido, es decir, que la he visto solamente tres ó cuatro veces, y que no es fea ni bonita, es decir, una de esas figuras que no llaman la atencion.

—Está bien, porque si se llegara á sospechar que esta casa encerraba una de las mujeres más hermosas de París no tendria ni un instante de tranquilidad. Me vería asaltado sin cesar por una turba de galanteadores y de libertinos, y llegaria á ser mi morada el punto de cita de todos los pajes y estudiantes del barrio, y no podria alejarme un momento sin que alguno no intentara llegar hasta Blanca, y los cuidados de Margarita serian tan insuficientes como los míos para impedir que se llevaran á cabo las mil atrevidas empresas de los hombres galantes: para evitar todo eso, es por lo que oculto á Blanca á las miradas de los curiosos.

Per ver su nombre en letras de molde daría un dedo de la mano. Tiene un apetito tan desordenado de publicidad, que se alegra de estar enfermo, sólo porque lo digan los periódicos.

Si escribe un artículo en un periódico, va á elogiarlo en otro, copiando algunos parrafitos, y de este modo logra pasar la vida en incesante movimiento.

Apénas se muere un personaje notable en las letras, las ciencias y la política, cuando reúne á unos cuantos amigos, y con el pretexto de rendir un tributo de admiración al difunto, hace rodar su nombre por las columnas de toda la prensa.

No hay que decir que es uno de los autores obligados de todas las coronas poéticas que se publican, porque como en esos libros se han de admitir por fuerza todas las composiciones que se presentan, no había él de perder tan buena ocasión de ver impresos unos cuantos renglones metrificados á manera de versos, y autorizados por su firma.

De este modo la mayor parte de esas coronas poéticas vienen á ser un chaparrón de versos malos, que todas las medianías literarias disparan contra el infeliz que ha tenido la desgracia de distinguirse en algo.

Afortunadamente la mayor parte de esas obras son coronas fúnebres, de modo que no hay peligro de que las lea el interesado; y como los que no lo son no han de leerlas, pueden publicarse sin gran peligro del buen gusto.

Nuestro hombre no se contenta con esto.

Pertenece á todas las academias y sociedades artísticas y literarias.

En una es presidente, en otra vocal, en otra secretario, ésta le cuenta entre sus socios fundadores, aquella le tiene de simple corresponsal ó de corresponsal simple.

Todo esto le permite adornar su gabinete con una porción de cuadros en los que ostenta la multitud de sus títulos, que no le producen más que la satisfacción de creerse un personaje importantísimo.

A consecuencia de todo esto siempre está ocupado y nunca hace nada, á ménos que se cuenten por algo la multitud de composiciones que nadie lee y el sinnúmero de discursos que el auditorio oye como si oyera llover.

Si este hombre hubiera nacido en otra época, sería hermano de diez ó doce cofradías y congregaciones, llevaría un pendón en todas las procesiones y asistiría con su enorme cirio á todas las festividades religiosas.

Era la moda antigua.

Pero destinado á vivir en el último tercio del siglo XIX, cuando de la pluma se ha hecho una palanca, él ha cogido la suya, y aunque con ella no conmueva el mundo, como pretendía Arquímedes, no es por falta de voluntad sino de punto de apoyo.

Se ha hecho escritor porque ese es un título que cada uno se dá á sí mismo, y le llaman *distinguido*, porque los adjetivos son unos bienes mostrencos de que cada periodista dispone á su antojo sin temor á que nadie le ponga pleito.

Por lo demás la manía de nuestro hombre no puede ser más inofensiva.

Si logra meter la cabeza en una redacción para traducir folletines ó recortar periódicos de provincia, aunque no le paguen nunca, como sucede la mayor parte de las veces, se cree completamente feliz, y lo es en efecto.

A nadie perjudica y hasta suele, si puede, favorecer á alguno.

Por consiguiente, no hay motivo de maltratarle ni siquiera de que la sátira le castigue con demasiado crueldad.

Es un tipo, sin embargo, y por consiguiente hay derecho para hacerle figurar en una galería como la nuestra.

Esto por otra parte no debe ofenderle.

Cuando él escribe, siempre habla de sí mismo; nosotros por lo tanto, al ocuparnos de su asunto favorito, no hacemos más que darle por el gusto.

Porque no hay que decir que si este ciudadano se decide por fin á escribir un libro, éste será sus memorias.

Es decir, un libro dedicado á contar al público que el autor tuvo una novia que le plantó por un teniente, que

después se enamoró de cierta jamona que acabó por casarse con un fiel de fechos, que después tuvo relaciones con una poetisa tan hambrienta como él de publicidad y gloria, pero muy poco aficionada á hacer calceta, y que por último, después de tronar con la poetisa se entretiene haciendo telégrafos á su vecina del cuarto tercero.

También contará que tiene un canario y que le dá de comer todos los días, lo cual no extraña, porque si no ya se hubiera muerto; que le gusta pasear sólo y que prefie-

re el Retiro á todos los paseos; que vá al teatro de la Opera, y milagro será que no diga cuántas veces se muda de calcetines.

Con esto no hay que decir si el libro es interesante, sobre todo para el que lo escriba, y si sus medios se lo permiten (porque no suele hacer la edición por su cuenta) y logra que á la obra acompañe un retrato del autor, aunque parezca como una aleluya, ya se cree más que Virgilio y Homero, y se figura haber cumplido su misión sobre la tierra.

Porque todos estos se figuran que Dios los ha enviado al mundo para algo que no sea comer panecillos.

Sólo una cosa le disgusta; el temor de que los periódicos no anuncien su muerte cuando pase á mejor vida.

## MEMORIAS DE UN SOLDADO RASO.

(Continuación.)

Luego que el regimiento se hubo reunido en el patio, el coronel, á quien en la cara se le conocía que estaba tranquilo, nos dirigió la palabra. Yo no sé lo que dijo, porque no estaba para escuchar arengas, pero me figuró que diría que era preciso que probáramos nuestra lealtad á la reina y al Gobierno, y que dejáramos bien puesto el honor del regimiento, y otras cosas por el estilo que, según he observado luego, dicen siempre los jefes en semejantes casos.

Cuando acabó de hablar el coronel se presentó el general Serrano. Este era sin duda el que debía meternos en danza.

Como toda España le conoce, es inútil que haga yo aquí su retrato. Lo que sí debo decir es que estaba tan sereno como si nada sucediese, y eso que había venido acompañado solamente de un jefe de estado mayor y un guardia civil de caballería, y al pasar por cerca de los puntos que ocupaban los sublevados le habían hecho algunas descargas; pero á él se conoce que las balas no le hacen ningún efecto. Era muy amigo del general O'Donnell, y por él estaba dispuesto á dejarse hacer pedazos, como lo demostró perfectamente aquel día. Nos dijo algunas palabras en las que se veía tanto valor y tal seguridad en la victoria, que su confianza se comunicó á todos, y yo no puedo ménos de olvidar por un momento mis temores, y gritar como mis compañeros:

¡Viva el duque de la Torre!

El se quitó el ros para darnos gracias y contestó con un ¡viva la reina! que todos repetimos.

Un momento después salimos del cuartel unidos al regimiento del Príncipe, con el general siempre á la cabeza, y empezamos á bajar la cuesta de la Montaña.

Veamos lo que había sucedido.

La sublevación estalló en los regimientos de artillería de á pié y á caballo que ocupaban el cuartel de San Gil. Los sargentos de estos cuerpos estaban en comunicación con el comité revolucionario de Madrid, y tenían convenido sublevarse el día 24, en que debía llegar á la capital el general Prim. Pero el Gobierno descubrió algo de lo que se tramaba ó ellos creían que lo había descubierto, y para escapar al castigo que con razón temían, decidieron adelantar el movimiento. Así lo participaron el día 21 al comité revolucionario, el cual resolvió que la sublevación sería el 22 en lugar del 24. El sargento Suarez, que es quien luego me contó todas estas cosas, decía que uno de los dos partidos que entraban en la conspiración tuvo alguna parte en que la batalla se adelantase, porque creyendo segura la victoria le gustaba obtenerla sin el concurso del general Prim, y así no tendría necesidad de dejar que éste hiciera luego el principal papel. No sé lo que habría de cierto, pero el caso fué que á eso de las tres y media de la madrugada del 22 los sargentos de artillería despertaron á sus soldados, les hicieron armarse y se dirigieron inmediatamente al cuarto de banderas para pedir al capitán de guardia la llave de la puerta de la calle. Allí estaba el coronel jugando al tresillo con otros jefes y oficiales.

Presentáronse los sargentos é intimaron la rendición á sus jefes; pero un capitán que estaba en una sofá, tomó su revólver, apuntó al sargento que venía delante, y disparó con tal tino, que el desgraciado jóven recibió la bala en la cabeza y quedó muerto en el acto.

Los demás sargentos, al ver caer á su compañero, hicieron fuego, y allí murieron desastrosamente los siete oficiales que estaban de servicio.

Desde aquel momento la sublevación fué dueña del

cuartel de San Gil y del parque de artillería, que estaba al lado. Salieron á la calle los soldados y salieron con el mayor desorden, sin que ni sus sargentos, ni los oficiales que fuera del cuartel esperaban para tomar el mando de los insurrectos, ni el mismo general Pierrad, que se puso al frente del movimiento, lograran hacerse obedecer. Sobre el soldado sólo tienen fuerza moral sus jefes naturales y legítimos, y cuando rompe los lazos de la disciplina es verdaderamente poco temible.

A pesar de todo, aquella revolución contaba con tantos elementos, que sólo por un milagro de Dios pudo ser vencida.

He dicho que la actitud serena del general Serrano había logrado entusiasmar á mis compañeros, y que yo había participado de su entusiasmo. Ahora debo decir que á la vista del cuartel de San Gil todo mi ardor guerrero se me bajó á los talones, y que hubiera dado cualquier cosa buena por encontrarme á doscientas leguas de aquel sitio.

«Qué ajenos estarán mis padres, pensaba yo, de que mientras ellos duermen muy tranquilos, su hijo va á morir probablemente, sin saber por qué, y sin que le importe un pito que mande Juan ó Pedro. Que Prim quiere ser ministro y O'Donnell no quiere dejar de serlo; pues ¿hay más que encerrarlos á los dos en la plaza de toros y hacer que peleen ellos solos hasta que el uno mate al otro? Esto hasta podría ser un recurso para las casas de beneficencia, pues aunque pusieran á duro la entrada y la plaza fuera mucho más grande, se llenaría, porque cuando la gente acude y paga por ver reñir á dos gallos, no creo yo que dejara de acudir á ver batirse á dos generales. Pero no señor, Prim, ó sus amigos, hacen salir á esos pobres artilleros, y el gobierno nos saca á nosotros para que unos y otros nos rompamos la cabeza, y luego ellos sean los que saquen el provecho.

Así discurría mientras nos íbamos acercando al cuartel y también pensaba que los jefes de artillería no habrían estado muy vigilantes cuando no descubrieron lo que en su regimiento se tramaba, y confieso que me parecía muy triste eso de que á mí me rompieran un hueso porque aquellos señores hubieran sido algo descuidados.

Entre tanto, lo que veía, que no era mucho, y lo que oía, que era demasiado, lejos de tranquilizarme, me alarmaba cada vez más.

El general O'Donnell había empezado á atacar el cuartel por el frente; tenía establecida una batería delante de las caballerizas reales, y con ella y un batallón de cazadores hacía un fuego horroroso, que los sublevados contestaban con igual encarnizamiento desde la plaza de San Marcial, donde tenían algunos cañones, y desde las ventanas del edificio.

Gracias á lo terrible del ataque de frente, nosotros no fuimos muy molestados en nuestra marcha, y como el general Serrano cuidó de colocar en unas casas que estaban haciendo dos compañías, que empezaron á tirotearse con los artilleros que había en las ventanas del cuartel que daban al campo, pudimos llegar hasta las mismas tapias del edificio, sin que nos alcanzaran más que algunos disparos que, aunque no nos causaron bajas, á mí me hicieron temblar de piés á cabeza.

E. ZAMORA Y CABALLERO.

(Se continuará.)

## CASCABELES

Los maestros de escuela siguen muriéndose de hambre, y de resultados de esto suponemos que antes de mucho no quedará en toda España ni un establecimiento de instrucción primaria para un remedio.

Pero en cambio, en Tarragona se darán fusiles á todo el que los pida y quiera ser voluntario movilizad sin sueldo.

Estos dos hechos se completan y se explican uno por otro.

Donde no se puede aprender la cartilla hay que saber manejar el fusil para vivir un poco seguro.

¿Conque van á hacer un nuevo reglamento para la milicia nacional?

Si se ha de cumplir como el decreto que se dió para organizarla, nos parece inútil el trabajo que va á tomarse la comisión nombrada al efecto por el Sr. Sagasta.

Dice un periódico que el ministro de Fomento piensa dejar la cartera y marcharse de Madrid por algunos meses porque necesita descanso.

Que se vayan también los demás y descansaremos todos.

Tengo una gana de ser embajador en Francia, que no me deja sosegar ni un momento.

Cuidado que es ganga.

Cobrar un millón y pico de reales y abandonar el destino en cuanto las cosas andan malas, es decir, cuando hay que hacer algo, vale más que ganar el premio grande en la lotería de Navidad.

Pero amigo, ese mómio es para D. Salustiano, y los pobretes no tenemos más remedio que decir como la zorra de la fábula:

«No las quiero comer, no están maduras.»

Por supuesto, que apenas hubieran gritado los periódicos progresistas si cuando mandaban los moderados hubiera sucedido una cosa semejante.

Pero ahora, como tienen la boca llena no pueden decir una palabra, pues sin duda recuerdan el adagio que dice: «oveja que bala bocado pierde.»

Tomamos de *La Integridad Nacional* el siguiente significativo suelto:

«En *La Gaceta de Manila* del domingo 29 de Enero último pueden tener el gusto los periódicos de Madrid de ver un nombramiento de teniente segundo del resguardo, refrendado por el Sr. Moret, á favor de D. Emilio Alonso Llave, famoso como Atrida por su participación en las hazañas del coronel Escoda.

Los diarios defensores del Sr. Moret, poquitos, pero atrevidos y vocingleros como ellos solos, negaron esta noticia, ni más ni menos que niegan la misión Azcarate. De hoy en adelante habrá que poner en duda hasta los santos del día que publiquen (si los publican),

«que en boca del embustero la verdad es sospechosa.»

¿Diremos algo más?..

No señores, porque rasgos de esa naturaleza no necesitan comentarios.

*La Fontana de oro.* Hemos leído esta preciosa novela del Sr. Perez Galdos, y no vacilamos en asegurar que es una de las mejores publicadas en estos últimos tiempos. La acción tiene lugar en la agitada época de los años 20 al 23, y están pintados de mano maestra los caracteres que en la misma se desarrollan. Creemos que en breve se agotará la edición de esta obra que ofrece mucho interés, gran amenidad y no contiene nada contra las buenas costumbres.

Las personas que deseen adquirir esta obra pueden dirigirse á nuestra administración, donde se vende á 12 reales. La remitiremos certificada á provincias á quien envíe una libranza de tres pesetas y un sello de medio real.

Forma un elegante tomo de 460 páginas.

Parece imposible que en una nación culta, y que se precia de amante de las letras y las artes, suceda lo que sucede en España; parece imposible que toda empresa literaria tropiece con un obstáculo, que hace nulos los mayores esfuerzos y le impide obtener el legítimo fruto de sus afanes, y que este obstáculo sea el servicio de correos. Nosotros, á pesar de las grandes pérdidas que venimos sufriendo, nos hemos quejado contadas veces; pero el abuso llega ya á punto en que no podemos menos de reclamar enérgicamente y pedir que, puesto que pagamos, se nos sirva como es debido. No hablemos de EL CASCABEL, aunque sufrimos pérdidas como la de un paquete de setenta y cinco números dirigido á Zamora, y cinco paquetes dirigidos á uno de los corresponsales de Sevilla, y otras y otras; nos referimos principalmente á las pérdidas de ejemplares del periódico *Los Niños*, publicación costosa y con grabados, cuyos números arrugados, rotos y sucios reciben muchos suscriptores, y otros no los reciben de ningún modo.

El servicio de correos matará esta útil publicación, porque los suscriptores de provincias se quejan de recibir los números estropeados, ó de no recibirlos, y reclaman otros, y cada número que tenemos que enviar duplicado nos deja incompleta una colección, sobre que los suscriptores se disgustan y amenazan con dejar la suscripción, ó la dejan sin amenza, cansados de pagar su dinero y tener luego que gastar en reclamaciones.

Parece mentira que en una nación adelantada como la nuestra se vea una empresa de un periódico de instrucción para la infancia en el caso que la de *Los Niños*.

Todos los días recibimos cartas de los suscriptores reclamando números, y diciéndonos que por mucho que les guste el periódico tendrán que dejar la suscripción si no reciben con la regularidad debida los números que necesitan guardar para formar los tomos cada seis meses.

De manera que despues de ser en España relativamente escaso el número de personas que se suscriben á

publicaciones que no son de politiquilla, la empresa que en ellas se empeña tiene que luchar además con el servicio de correos, es decir, que luchar no, porque es imposible luchar con ese tremendo enemigo, tiene que sucumbir y perderlo todo, porque un servicio que paga no se le hace como es debido.

Esto desalienta á la empresa que tenga más fe y fuerza de voluntad.

Llevamos desde que se empezó á publicar *Los Niños*, más de un año de sufrir pacientemente el servicio de correos, pero ya se nos vá acabando la paciencia. Suplicamos, pues, que se nos sirva en correos como tenemos derecho á exigir, y que no se manoseen y ensucien los números de *Los Niños*.

Téngase en cuenta que sumps de los que casi nunca se quejan, y que esa publicación, que se lleva á cabo sin apoyo oficial ninguno, cuando ese apoyo se concede á otras publicaciones menos útiles, es sumamente costosa y necesita un crecido número de suscriptores para sufragar los gastos.

Lo pedimos por favor.

Pues señor, en otros tiempos se vencía á los enemigos en buena lid y sin atraerlos á emboscadas con engaño.

Ahora ya es otra cosa; y si no que lo digan los carlistas.

Si así piensan los señores de la situación acabar con ese partido, se engañan; el medio es contraproducente.

Las personas sensatas de todos los partidos ó sin partido, no pueden menos de condenar tales medios, que no tienen nada de generosos y leales.

No sabíamos que se trataba de abolir las señoras, pero así lo dice un periódico, asegurando que una poetisa ha dimitido su cargo de secretaria de la *sociedad abolicionista de señoras*.

Esto se llama escribir con propiedad.

En número 9 (de este año) de *Los Niños*, que se está repartiendo, contiene: *El Idioma*, por Montes.—*Una lección de astronomía física en alta mar* (con viñeta).—*El escarapate de la confeitaria* (viñeta de Ortego).—*La guerra infantil* (con dos viñetas).—*Los dolores de María*, por Arnao.—Página autógrafa de D. Luis Mariano de Larra.—*La culebra y la anguila*, por D. Miguel Agustín Príncipe.—*Hacer novillos* (lámina de Padró).

Suplicamos á los padres de familia pasen á la administración á ver los números de esta interesante y útil Revista de Instrucción y Recreo, que tan buena acogida ha encontrado en las principales familias de España y América.

SOLUCION DE LA CHARADITA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Con queso y manteca rancia  
y otras cositas peores,  
en Italia todo el mundo  
se atraca de macarrones

Uno que fué de pinche de la comision de los 191.

CHARADITA.

La tercera con la quinta,  
pueden hacer mal y bien,  
para el hombre laborioso  
solo el bien pueden hacer;  
en las comedias segunda  
con la tercera se ve,  
y la que de ella carezca  
no tendrá mucho interés;  
cuarta y tercera un poeta  
por fuerza debe saber,  
porque si no es muy posible  
que se le vayan los piés;  
la tercera, cuarta y quinta,  
son hombres de mucha fe  
en la Virgen soberana  
que es su protectora fiel,  
y como tenga un duro  
la prima y segunda ves;  
quinta y segunda es palabra  
latina... y mi todo sé  
que me cuesta á mi el dinero  
y á ti te cuesta también,  
y se vende en muchas tiendas  
y muy necesario es.

ANUNCIOS

LOS NIÑOS

REVISTA DE INSTRUCCION Y RECREO

DIRIGIDA POR

Don Carlos Frontaura

Se han publicado dos tomos, y se está publicando el 3.<sup>o</sup> En los dos tomos publicados aparecen las firmas de los hombres mas eminentes de España.

Salen 3 números al mes, impresos en magnífico papel, con profusion de bellos grabados.

Precios: en Madrid 12 reales trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias 15, 28 y 50 respectivamente.

A todo el que se suscriba, se le regalará el ALMANAQUE DE LOS NIÑOS para 1871.

Administración en Madrid, Plaza de Celenque 1, Librería. Las suscripciones de provincia pueden dirigirse con su importe en libranza ó sellos á D. C. Frontaura, Huertas 40, principal.

PASTA PECTORAL DEL DR. ANDREU, remedio seguro para todos los que padecen de

TOS catarrros, ronqueras y demás afecciones de pecho agudas y crónicas, facilitando siempre la expectoración.

Es el medicamento mas cómodo, agradable y de resultados tan eficaces, que á las primeras pastillas el enfermo siente ya un gran alivio.

Se vende en Barcelona, Farmacia del Dr. Andreu, Bajada de la Cárcel, 6.—Madrid, Dr. Simon, Caballero de Gracia.—Sevilla, Botica de Lopez Blesa, Plaza de la Encarnación.—Valencia, Dr. Alino, plaza de Calatrava.—Zaragoza, doctor Miret, calle de las Danzas.—Valladolid, Farmacia de Huerta.—Pamplona, doctor Colmenares.—Santiago, M. Blanco Navarrete.—Logroño, D. Zardoya y Mahon, Dr. Treixidor.—Farmacia de Ubon, Ciudad-Real.—Farmacia de Bellido, Alicante.

ADVERTENCIA. Los enfermos de tisis que se hallen ya en el último periodo de su enfermedad, hallarán solo en nuestra pasta pectoral un notable alivio en los accesos violentos de tos, sin detener no obstante el curso de una enfermedad tan terrible, cuya curacion desconoce completamente la ciencia hasta el día. Dr. Andreu. (22)

PASTILLAS INFALIBLES

Para curar radicalmente las tercianas y cuartanas, por rebeldes que sean.

La experiencia de muchos años, la prontitud en recuperar el apetito, buen color y completa salud el enfermo, es la mejor garantía para tan prodigioso medicamento.

Se vende en Madrid al precio de 30 rs. dosis en las boticas de D. José Moreno, calle Mayor, núm. 93; Postigo de San Martín núm. 23; y por mayor con gran descuento Don Manuel Martínez, calle de Silva núm. 3, tienda. (6)

Coke del gas con astillas 12 rs. quintal. Castañilla 9 id. id. Carbon de eacina 20 id. id., peso exacto. Tahona de las Descalzas, núm. 6 y Farmacia, número 1.

CONSEJOS A LAS MADRES

PARA CRIAR BIEN A SUS HIJOS  
ESCRITOS POR EL SABIO DR. DONNÉ  
VERSION CASTELLANA

Un tomo de 20 pliegos, se vende á 8 reales en Madrid, en la Administración de EL CASCABEL. Se envía á provincias á quien envíe 16 sellos de medio real, ó una libranza de dos pesetas.

LAS TIENDAS

DIÁLOGOS HUMORISTICOS

POR  
D. CARLOS FRONTAURA.

Un tomo de 300 páginas, se vende á 4 rs. en Madrid y 6 para provincias, en la administración de EL CASCABEL.

EL CASCABEL.

Presentando este vale y dando una peseta, se entrega en la Administración de EL CASCABEL, plaza de Celenque, núm. 1, el precioso libro

LOS CANTOS DEL CRISTIANISMO,

cuyo precio ha sido 12 rs. encuadernado en rústica, y por 6 rs. se dá encuadernado en tela.

Con el mismo vale y por 6 rs., se puede adquirir una preciosa SEMANA SANTA con láminas en acero y encuadernada en tela; y por otros 6 rs. un DEVOCIONARIO completo para todos los días del año, también encuadernado en tela.

Los señores de provincias deben enviar un real más por cada libro que pidan sobre el precio marcado.

MÁQUINA PARA COSER

Se vende una de construcción inglesa por la tercera parte de lo que ha costado.

Es nueva, como podrá verse en el Comercio de Sedas, titulado de *La Guirnalda*, calle de Latoneros, frente á la Cruz de Puerta Cerrada.

MADRID.—1871.

IMPRENTA, FUNDICION Y ESTEREOTIPIA DE D. JUAN AGUADO, CALLE DEL CID, 4. (RECOLETOS.)